

La historiografía como trinchera: Reflexiones sobre el oficio historiográfico en el Chile postdictatorial (1998-2004)

Constanza Hidalgo*

Resumen

Asumiendo las tensiones y disputas que han ido marcando el camino profesional del oficio historiográfico, la siguiente propuesta abordará de forma breve y descriptiva el camino de la historiografía nacional reciente desde tres hitos puntuales; en primer lugar, la publicación de la Carta a los chilenos en el año 1998 de Augusto Pinochet Ugarte. En segundo lugar, la publicación del Manifiesto de Historiadores en el año 1999. Y, en tercer lugar, en el año 2004, la publicación de la obra *Rebeldía, subversión y Prisión Política. Crimen y Castigo en la Transición Chilena 1990-2004*, del historiador -y en ese momento- prisionero político Pedro Rosas Aravena, quien redactó aquella investigación mientras permanecía recluso en la Cárcel de Alta Seguridad (CAS). Aquellas experiencias nos permitirán analizar el sentido de la producción historiográfica, confiriéndole relevancia a la subjetividad y el posicionamiento político de quienes investigan en un determinado tejido social.

* Magíster en Historia. Universidad de Santiago de Chile. Investigadora y archivista.

1. Introducción

Hay que enfrentarse, sin duda, con otra doctrina enseñada casi con tanta frecuencia. “El historiador no debería elegir los hechos. ¿Con qué derecho, en nombre de qué principios, elegirlos? Elegir es la negación de la obra científica...”-

Sin embargo, toda historia es elección.

Lucien Febvre,

Combates por la Historia. 1953

Tal como plantea el insigne historiador Lucien Febvre, desde los inicios de la profesionalización del oficio historiográfico, la disciplina expresó reflexiones y elecciones contemporáneas en medio de contextos beligerantes, desafiando estructuras reflexivas y metodológicas desde las interrogantes de quienes investigaban. Haciendo del oficio historiográfico un punto de reflexión profesional y a su vez también, una expresión del posicionamiento intelectual y político. Y como lo fue en ese entonces, también hoy es urgente y desafiante pensar en los caminos y pulsaciones que recorrió la historiografía nacional en nuestra historia reciente. Considerando el amplio horizonte que se nos presenta al reflexionar en torno al oficio, la siguiente propuesta abordará de forma breve y descriptiva la historiografía nacional desde tres hitos puntuales; en primer lugar, la publicación de la Carta a los chilenos en el año 1998, del criminal de lesa humanidad y ex Comandante en Jefe del Ejército Augusto Pinochet Ugarte, mientras se encontraba recluso en Londres tras una orden de detención emitida por el Juez Baltazar Garzón. En segundo lugar, la publicación del Manifiesto de Historiadores en el año 1999, repercusión por parte del mundo historiográfico y académico ante el negacionismo imperante que vociferaba el ex dictador en su misiva. Y en tercer lugar, en el año 2004, la publicación de la obra *Rebeldía, subversión y Prisión Política. Crimen y Castigo en la Transición Chilena 1990-2004*, del historiador - y en ese momento prisionero político - Pedro Rosas Aravena, quien redactó aquella investigación mientras permanecía recluso en la Cárcel de Alta Seguridad (CAS), alto baluarte de las políticas represivas del Estado contra los grupos de militantes rebeldes organizados durante la postdictadura*.

Advertimos que la siguiente reflexión no pretende ni alcanza a ser una revisión exhaustiva de la historiografía nacional. Sin embargo, busca posicionar desde estos tres hitos el espacio para reflexionar y discutir en torno a nuestra producción his-

* El coloso se Alta Seguridad, creado para domar “terroristas” se ubica en las entrañas de otra cárcel, al interior de la Antigua penitenciaría de Santiago, disponiéndose como una cárcel autónoma en estructura y administración, inserta en el centro de la ciudad, pero al mismo tiempo, apartada de ella. Tiene tres sectores, la primera es la zona de ingreso, donde se realiza un revisión con una guardia armada. La segunda es una zona de control administrativo realizada por funcionarios de gendarmería. Y la tercera es la zona de los prisioneros políticos y se divide también en tres, con tres edificios que se designan como F, H y J.¹⁹⁰ La CAS actualizó el sentido de la prisión política en el país, imponiendo con su geografía represiva, un lugar que parecía no existir para el tejido social, ni para quienes se encontraban dentro. Véase más en Farfán Escobar, *El silencio*, 77-78

toriográfica y su compromiso militante y político como una expresión del mismo, ya que: “...la historiografía no puede desvincularse, quiéralo o no, con el destino político de cada país...” (Devoto y Pagano, 2004, p. 217), por lo que asumiendo la existencia de un campo de batalla intelectual y político declarado, es fundamental dar cuenta de las condiciones previas que configuran el mapa de la historiografía nacional.

2. Represión y nuevas trincheras donde resistir

Tal como propone el historiador Julio Pinto, la historiografía en Chile ha sido hija directa de su historia. Es por ello por lo que un siglo tan convulsionado, repleto de tensiones y rupturas como lo fue el siglo XX, traería consigo importantes repercusiones en el oficio historiográfico, tanto en el sentido metodológico, como también en referencia a los contenidos de investigación explorados, planteándose “más campo de batalla que torre de marfil, más enfrentamiento político que mero ejercicio académico” (Pinto, 2016, p. 13) Planteamiento que compartimos, y que por lo demás construye su base en una herencia ligada a la influencia de la historiografía británica marxista que marcó los trabajos de historiadores como Hernán Ramírez Necochea y Julio Cesar Jobet (Villar, 2020), ambos expulsados al exilio tras el golpe de estado del año 1973.

Y es que inicio de la dictadura cívico militar no solo significó un quiebre total en la historia del país, sino que también en su historiografía (Pinto, 2016), traducéndose en la intervención total de las universidades y sus proyectos educativos con la asunción de militares como decanos y autoridades universitarias a las principales casas de estudio del país, marcando el fin en diversos debates intelectuales. Pero por sobre todo, el quiebre en la disciplina significó experimentar la represión directa y sistemáticas violaciones a los derechos humanos, incluyendo la prisión política, la tortura, el exilio, o como fue el caso del historiador Fernando Ortiz Letelier, la desaparición forzada*, situación que se replicó incluso contra estudiantes de Historia durante su formación en las universidades, situando la memoria de la disciplina desde una narrativa y subjetividad traumatizada (Avello, 2019), marcada por la persecución y la represión.

Testimonio de ello lo podemos encontrar en las reflexiones del historiador chileno - argentino Luis Vitale Cometa, militante y fundador del MIR, quien en el año 1967 publicó la gran obra historiográfica Interpretación Marxista de la Historia de Chile, texto que daba cuenta del compromiso militante expresado por Luis en la disciplina historiográfica. Sin embargo, tras el golpe de estado de 1973, Luis, como militante e historiador, fue foco de represión, transitando por nueve recintos de

* Destacado historiador del Marxismo clásico, militante del partido Comunista, fue detenido en el año 1976 por agentes del estado. Su paradero fue desconocido hasta el año 2001, cuando en la Cuesta Barriga se encontró una fosa clandestina utilizada durante la dictadura cívico militar, en donde fueron hallados los restos del historiador y otros 8 militantes del Partido Comunista.

detención distintos – campos de concentración y casas de tortura – en un total de 15 meses. Durante su cautiverio Vitale comenzó a escribir la obra *La vida cotidiana en los campos de concentración en Chile* (1979), exponiendo un relato testimonial subjetivo y afectivo de su experiencia, ya que en palabras del propio autor: “Este trabajo forma parte de uno de los momentos más difíciles de mi existencia. Lo he llegado a querer más que a otros de mis libros porque me ayudó a vivir en esa situación límite” (p. 2) Dando cuenta con ello, de la relevancia afectiva y política que tiene el trabajo historiográfico, permitiendo ser trinchera para quienes buscan resistir a las experiencias represivas y la imposición de un régimen dictatorial.

Otro ejemplo similar lo encontramos en el historiador y también militante del MIR Gabriel Salazar, quien tras el golpe de estado de 1973 fue detenido y torturado, transitando entre los centros de detención conocidos como Cuartel Terranova (Salazar, 2013) y el Campamento de prisioneros de Tres Álamos. En este último centro de detención, a diferencia del primero, las condiciones de la prisión daban mayores espacios de sociabilidad entre los prisioneros, permitiéndoles realizar actividades educativas y recreativas en conjunto. Ejemplo de ello, fue el curso de economía de Chile – a pedido de José Zalaquet – que Salazar dictó en la pieza N°4 del Pabellón 2, entre enero y abril de 1976 (Salazar, 2003). Tras la realización del curso, Salazar fue produciendo un escrito que con el correr de los años, y algunas modificaciones sugeridas incluso por los propios estudiantes del curso, se publicó como libro en el año 2003, con el título de *Historia de la Acumulación capitalista en Chile: Apuntes de clases*. Este texto nace por las condiciones de prisión política como un apunte para las clases en el campo de prisioneros, pero que trasciende su sentido pedagógico, transformándose en un escrito de investigación teórico e historiográfico (Santos, 2017).

Sin embargo, desde un sentido más académico, la historiografía como disciplina continuó su tránsito intelectual pese a las tensiones y restricciones que sufrió (Pinto, 2016), adecuándose a otros tópicos de investigación o incluso construyendo nuevos espacios fuera de la intelectualidad académica formal. Ejemplo de ello fueron los talleres de historia oral y popular levantados por los jóvenes historiadores Mario Garcés y Pedro Milos, quienes luego darían vida al grupo de estudios Educación y Comunicaciones ECO. Para Garcés (1999), la historiografía nunca detuvo su curso en el caudal intelectual y profesional. No obstante, para algunos el oficio contó con dificultades que otros claramente no tuvieron, debido a sus cercanías intelectuales y políticas con el régimen dictatorial. También es importante destacar el rol que tuvieron los historiadores desde el exilio (Salazar, 2006), quienes profundizaron sus estudios historiográficos entregando aportes fundamentales a la disciplina, expresión de ello, la obra ya clásica *Labradores, Peones y Proletarios*, publicada en el año 1985. A su vez, la producción intelectual durante el exilio lograba evidenciar y denunciar la situación política y represiva del Chile dictatorial.

Por lo tanto, y pese a las dificultades y la escasa circulación de contenidos y metodologías nuevas, ya sea desde el exilio o en Chile, la historiografía durante la década de los ochenta exploró nuevas metodologías y puso su foco de estudio en las y los sujetos populares, ya no solo como seres pasivos y oprimidos del capital, sino como sujetos activos, conscientes, sensibles, políticos, y por sobre todo, protagonistas de su historia.

3. El florecimiento de la trinchera

Tras el fin de la dictadura cívico militar y con un ambiguo proceso de transición en marcha, durante la década de los noventa la historiografía se desenvolvió en un contexto de fuerte negacionismo y manipulación del juicio histórico; la impunidad y el trauma palpitante en el tejido social lastimado por su historia reciente, impidió abordar algunos procesos que aún dolían al ser recordados. Esto sin contar que a nivel mundial resonaba el postulado que planteaba “el fin de la Historia”, planteando un contexto complejo para la disciplina, que aún de manera muy tímida y paulatina comenzaba a posicionarse nuevamente en casas de estudio. Para rescatar las palabras del historiador Rolando Álvarez (2022, quien ingresó en los años noventa a estudiar Historia en el Instituto Blas Cañas: “Varios de mis amigos y compañeros de militancia estaban presos en la cárcel pública por luchar contra Pinochet, mientras que sus partidarios les sacaban lustre a sus nuevas credenciales democráticas. Definitivamente, no eran tiempos fáciles para estudiar y pensar una historia crítica” (p. 18).

No obstante – en términos intelectuales – la postdictadura también se transformó en un momento de mayor libertad y por lo mismo, un período de explosión historiográfica, en donde eclosionó lo que venía siendo encubado durante la etapa anterior (Pinto, 2016). Para el profesor Julio Pinto, la década de los noventa sería un momento de florecimiento, maduración y proyección historiográfica en las universidades estatales, como la Universidad de Chile y la Universidad de Santiago de Chile, pero también para los nuevos proyectos que se emprendían académicamente desde otras veredas, como la Universidad ARCIS y la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, ambas fundamentales para abrir las metodologías de las humanidades y ciencias sociales desde un sentido interdisciplinario y por lo demás con un frontal compromiso político. A su vez, estas casas de estudio adquieren relevancia en esta reflexión al ser los lugares de formación para Pedro Rosas Aravena durante su cautiverio en el CAS, la primera por ser el lugar desde donde se gestó la plataforma académica para que Pedro pudiera continuar sus estudios en la prisión política, y también al ser la primera universidad en realizar clases en un centro penal. Y la segunda, por lo que significa en el presente para Pedro, siendo él actualmente parte de la casa de estudios como docente y Vicerrector de Investigación y Posgrados. Es así, y como una repercusión de los procesos heredados

tras 17 años de dictadura, los enfoques de los noventa tensionarían las perspectivas clásicas de la historiografía obsesionada con el documentalismo minucioso y el establecimiento estricto de los hechos, presentando nuevos enfoques y corrientes, como también metodologías y aportes de otras disciplinas*.

Este proceso se llevaría adelante con tensiones, avances y retenciones. Empero, un evento que marcaría el fin de la década y la historiografía nacional ocurrió en octubre del año 1998, cuando Augusto Pinochet Ugarte es detenido en Londres, tras la orden de detención que emitió el juez de la Audiencia Nacional de España, Baltasar Garzón, por los delitos de genocidio, terrorismo internacional, torturas y desaparición de personas, ocurridos en Chile durante la dictadura cívico militar. Este suceso marcaría un antes y un después en nuestro relato nacional, ya que será la única vez que el excomandante en jefe del ejército y criminal de lesa humanidad fue juzgado, generando reacciones a nivel mundial, como también en Chile, en donde la acción del juez Garzón sería lo más cercano a saborear la justicia contra el dictador. Hasta marzo del año 2000 estuvo detenido. Pero fue liberado por “razones humanitarias” debido a su estado de salud. Durante los meses que estuvo recluso, el dictador publicó una misiva polémica en donde nuevamente desconocía la realidad histórica y el trauma que significó la dictadura cívico militar bajo su alero.

En la titulada Carta a los chilenos (1998), Pinochet volvía a sostener su narrativa negacionista reflexionando sobre el golpe de estado como una “gesta patriótica y heroica”, desconociendo una vez más sus responsabilidades en los crímenes de lesa humanidad, utilizando una retórica que apelaba a la emocionalidad, buscando blanquear su imagen, desafiando incluso al campo historiográfico: “Ningún historiador, ni aun el más sesgado y poco objetivo, puede ni podrá mañana sostener de buena fe, que mis actuaciones públicas respondieron a una supuesta ambición personal o a cualquier otro motivo que no fuera el bien de Chile (p. 26). El impacto de la misiva fue tal, que dentro del campo historiográfico chileno se gestó una contundente respuesta.

En enero del año 1999, bajo la dirección de Gabriel Salazar y Sergio Grez, se publicó el Manifiesto de Historiadores, en donde las historiadoras e historiadores como María Eugenia Horvitz, María Angélica Illanes, Pedro Milos, Verónica Valdivia, Julio Pinto, Mario Garcés, entre otros, buscaban refutar desde una perspectiva histórica el ambiente de negacionismo exacerbado, como también responder a las mentiras históricas planteadas por el ex dictador desde un posicionamiento historiográfico, como también desde una perspectiva militante y política, posicionando la disciplina en función de la urgencia que reposaba en nuestro tejido social. Se afirmaba que “los historiadores que abajo firman, a hacer valer el peso de

* Referencia de ello desde la sociología fueron los aportes de Tomás Moulian con su obra “Chile actual: anatomía de un mito”, 1997.

nuestro parecer profesional y la soberanía de nuestra opinión ciudadana sobre el abuso que la difusión de esas supuestas verdades implica” (pp. 7 – 8). Esta publicación historiográfica y militante generaría una serie de enfrentamientos intelectuales en donde no solo se posicionó la historiografía como un frente de batalla ante el olvido, sino que también otras ciencias sociales como la sociología. A su vez, es relevante considerar que la mayoría de los firmantes del manifiesto se dedicaban a la nueva historia social, dando cuenta con ello de las evidentes pulsaciones militantes en el trabajo historiográfico. Esto nos permite indagar no solo en la dimensión intelectual del oficio, sino que también el alcance emocional que este conlleva: “¿es posible la “objetividad científica” ante una historia desgarradora? ¿Cómo pensar el historiográficamente el horror? ¿Cómo procesarlo si muchos de los primeros firmantes del Manifiesto fuimos sus víctimas directas?” (p. 118).

Como contraparte, el historiador Gonzalo Vial Correa, ex ministro de educación de Pinochet, cómplice y colaborador de la dictadura cívico militar, planteaba su trabajo historiográfico como una defensa y apología al régimen dictatorial, con la publicación de algunos fascículos en el diario *La Segunda*, en donde excluye todo juicio histórico sobre el terrorismo de estado desplegado por la Junta militar. Para ello tomó elecciones historiográficas que le permiten estudiar los antecedentes históricos de manera segmentada, analizando específicamente los años 1964 al 1973, dando cuenta con ello de cómo sus reflexiones responden a sus elecciones historiográficas y con ello también sus pulsaciones políticas: “El estudio se aplica parcial, para configurar una verdad también parcial, que se liga, según todo lo indica, a un interés faccional” (Grez y Salazar, 1999, p. 14). Gonzalo Vial es la ejemplificación de la historiografía conservadora con signo derechista y que durante años ha construido un relato oficial, posicionando su trabajo como objetivo, profesional, serio y científico, pese a que sus acciones en el oficio reflejen lo contrario, y que en palabras de Marrufo representan

“una construcción teórica que apunta y sustenta una u otra posición política. Por este motivo, es que las historias escritas desde la óptica oficial u oficialista, hasta los momentos, son historias políticamente definidas e intelectualmente concebidas para mantener el sistema de explotación y opresión” (Marrufo, 2008, p. 5)

Y es contra esta historia oficial que intentan mantener Pinochet y Vial que la historiografía nacional introduce en sus reflexiones académicas el uso de la Historia oral – practicada ya desde una década atrás en las poblaciones por el grupo ECO – comienza a utilizar los espacios de formación académica como instinto y necesidad (Álvarez, 2022) permitiendo entrar en lugares antes desconocidos para la historiografía y sus estudiantes, lugares y tiempos de los que no se tenía informa-

* Para revisar el material se debe visitar el Archivo de Prensa de la Biblioteca Nacional (*La Segunda*, 12 de febrero de 1999, “Reflexiones sobre un manifiesto”) ya que, por decisión del autor, los fascículos no pueden ser reproducidos.

ción, ya sea por omisión o represión. Para Rolando Álvarez (2022), este enfoque permitió tonificar la disciplina ya que:

“la historia oral fue, por sobre todo, un gesto político, de rebeldía política, contra las formas tradicionales de hacer historia. Contra el silencio y el olvido de los años de transición que quería hacernos olvidar el valor de mi generación que había luchado contra la Dictadura y pagado las consecuencias de esto” (p. 19).

Ejemplo del uso de la Historial oral como una de las principales fuentes y fortalezas de estudio para la historiografía, fue la publicación de Pedro Rosas Aravena quien a finales del año 2004 el día 9 de diciembre, en la sede la Central Unitaria de Trabajadores, lanzó *Rebeldía, subversión y prisión política: Crimen y Castigo en la transición chilena, 1990-2004*. En palabras del autor, sería una mezcla entre fuente primaria y secundaria, una mixtura entre historia, memoria y testimonio:

“el texto original escrito en el encierro, resultado de decenas de conversaciones entre patios y celdas, con documentos escamoteados a los allanamientos, con dudas, imprecisiones cronológicas, recuerdos parciales, sin acceso masivo a archivos de prensa, escrito a mano o en una vieja máquina de escribir, sin computador, sacado en fragmentos de la cárcel de Alta Seguridad por visitas y abogados, vuelto a escribir íntegramente cada vez que algún fragmento fue requisado o que las cintas extraídas de los casetes no podían ser vueltas a utilizar” (p. 5).

Así, tras meses de tráfico de “calugas” – pequeñas misivas escritas en papel y sacadas desde la CAS traficadas en la intimidad del cuerpo – Pedro publicó su obra que lo consolidaría en la historiografía nacional hasta el presente. Ya que esta obra no solo era una producción historiográfica redactada en condiciones extremas y complejas, sino que también significaba la culminación de sus estudios como historiador en el pregrado. Para su guía de tesis Sergio Grez (2013), la obra de Pedro se trata de un libro poco común en términos historiográficos. Y es que en términos materiales, el trabajo de Pedro buscó trascender el testimonio, traduciendo su reflexión intelectual, militante y afectiva en un relato historiográfico. Se aceptaba el carácter colectivo y polifónico en su memoria, utilizando aquella riqueza subjetiva para adentrarse en la compleja historia reciente del país y, con ello, también proponer su propia perspectiva de la historiografía, utilizándola como trinchera en medio de la prisión política de la postdictadura, creando a su vez un soporte material de ello. En sí mismo como objeto, por su contexto de producción, se vuelve denuncia y evidencia de la prisión política negada.

El pensamiento y el oficio historiográfico de Pedro desbordaron los muros y desde la Cárcel de Alta Seguridad asumió su trinchera y defensa historiográfica, humana y política, siendo *Rebeldía* un libro que puede ser considerado “un ejemplo de feliz de convergencia entre las dimensiones académicas, políticas, éticas y humanas de un historiador” (p. 15).

4. Reflexiones finales

“Historiar en presente. No nos cuesta; el cuerpo está lleno de señales.

Por ahora, aun nos lamemos entre nosotros las heridas,
es nuestra forma de hacer el amor hasta que nuestra lengua
y nuestros códigos ya no sean más solo los nuestros.

Hacer nuestra historia; es también tejer redes,
andar calles y hacer calendarios propios...”

Pedro Rosas Aravena, *Rebeldía, subversión y Prisión Política*, 2004

Al igual que Febvre, la cita de Pedro Rosas Aravena con la que cerramos esta reflexión permite adentrarnos en la profundidad del sentido político que conlleva el oficio historiográfico comprometido con el tejido social, en donde las elecciones profesionales no solo conllevan una pulsación personal, sino que establecen un trabajo desde la rigurosidad académica que busca vociferar contra las urgencias y reflexiones que irrumpen la historiografía y también la historia; la cual no es solo el texto propuesto por el o la historiadora, sino que también se formula por las experiencias, las identidades y la oralidad que componen las memorias colectivas en el tejido social de quien investiga (Garcés, 1999). Para los y las historiadores que firmaron y fueron parte del Manifiesto, la historia no se trata de construir verdades y menos de proclamarlas, sino de entender y dar cuenta de hechos, de sus subjetividades y como estas van componiendo nuestro tejido social. Es por ello que el texto se plantea como “un documento que intentó unir la “cientificidad” de la disciplina con un claro compromiso con ciertos valores como la defensa de los derechos humanos, una identificación con las grandes mayorías y el ejercicio de la soberanía popular” (p. 115).

Hoy seguimos en trinchera, pero el avance del florecimiento tampoco se ha detenido. Busco presentarlo en esta reflexión, la que aspira a ser una posibilidad para abrir la discusión más que darla por cerrada. Los puntuales hitos presentados dan cuenta de un camino de tensiones y contradicciones que continúan siendo una perspectiva desde donde observar y comprometerse críticamente con el mundo actual, considerando que año a año continúan ingresando estudiantes a lo largo del país para formarse en la disciplina o como docentes de esta, curtiéndose en sus tensiones, avances, dolores y alegrías.

Referencias

Álvarez, R. (2022). Memoria social de la militancia política. En José Tomás Valdés (Ed.), *Memoria Social e Historia: Aproximaciones y distancias desde la práctica historiográfica chilena*. Estrella Sur.

Avello V.; María José. (2019). Efectos traumáticos de la aplicación de terrorismo de Estado en Chile y su incidencia en la participación política. En Iván Pincheira (Ed.), *Emociones en el Chile contemporáneo* (127-158). Metales pesados.

Devoto, F.; Pagano, N. (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Biblos.

- Farfán, C. (2006). *El silencio forzado de los presos políticos* [Memoria para optar al título de periodista] Universidad de Chile.
- Garcés, M. (1999). En torno al "pesado trabajo" del historiador en el Chile contemporáneo. En Gabriel Salazar y Sergio Grez (Eds.), *Manifiesto de historiadores* (47-53). LOM.
- Grez, S.; Salazar, G. (1999). *Manifiesto de historiadores*. LOM.
- Grez, S. (2013). Presentación. En Pedro Rosas Aravena, *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena, 1990-2004* (11-15). LOM.
- Letelier, J. F. O. (2021). Memoria viva. <https://memoriaviva.com/nuevaweb/detenidos-desaparecidos/desaparecidos/o/ortiz-letelier-juan-fernando/>. (último acceso: 04 de enero de 2023).
- Marrufo, D.; Mora García, P.; González Segovia, A.; Guédez, A.; Ceballos, S.; Gómez, M.; Velásquez, Á. (2008). Manifiesto: Historia militante y disidente. *Heurística Revista digital de la Historia de la educación*, 1-15.
- Pinochet, A. (1998). *Carta a los Chilenos*. https://es.wikisource.org/wiki/Carta_a_los_Chilenos,_de_Augusto_Pinochet.
- Pinto, J. (2016). *La historiografía chilena durante el Siglo XX*. América en Movimiento
- Rosas Aravena, P. (2013). *Rebeldía, subversión y Prisión Política. Crimen y Castigo en la Transición Chilena 1990-2004*. LOM.
- Salazar, G. (2006). *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas". La violencia en Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico popular)*. LOM.
- Salazar, G. (2003). *Historia de la Acumulación capitalista en Chile. Apuntes de clases*. LOM.
- Salazar, G. (2013). *Villa Grimaldi (Cuartel Terranova). Historia, testimonio, reflexión*. LOM.
- Santos, J. (2017). Intelectuales en prisión. Resistencia cultural en los espacios del terror de la dictadura chilena. *Palimpsesto, VIII* (11), 19- 36.
- Villar, G. (2020). *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet*. Universitaria.
- Vitale, L. (1979). *La vida cotidiana en los campos de concentración de Chile*. Centro de Estudios Miguel Enríquez.